

mas son tan numerosas como ilustres. Montbrún, el heroico Montbrún, el más brillante de nuestros oficiales de caballería, cae mortalmente herido por una bala. Rapp, que había llegado á mandar las tropas del general Compans, recibe cuatro heridas. Dessaix, que deja sus propias tropas con el fin de reemplazarle, se siente herido á su turno. Ya sólo quedan generales de brigada para el mando de las divisiones. En medio de semejante carnicería, Murat y Ney, como si fueran invulnerables, están siempre en pie, siempre entre el fuego é ilesos. Friant, hombre singular, modelo de todas las virtudes guerreras, único de los antiguos jefes del cuerpo de Davout aún no tocado, pues Davout acababa de quedar fuera de combate, Morand estaba gravemente herido y Gudin había muerto en Valoutina, cae á su vez y es llevado al mismo hospital de sangre donde se prodigan cuidados á su hijo. Murat corre á la división de Friant, que se halla sin jefe. Un joven holandés, el general Vandehem, era quien debía mandarla. Valeroso, pero falto de experiencia, se apresura á ceder tal honor al jefe de estado mayor Galichet. Éste toma el mando en el instante en que Murat llega. Mientras hablan los dos, pasa una bala por entre ellos y les corta la palabra. «No se está bien aquí,» dice Murat sonriendo. «Aquí estaremos sin embargo,» responde el intrépido Galichet. En el mismo instante caen en masa los coraceros rusos. Sólo tiene tiempo la división de Friant para formarse en dos cuadros enlazados por toda una línea de artillería; Murat se mete en el uno y el jefe Galichet en el otro y reciben durante un cuarto de hora con imperturbable sangre fría las cargas furiosas de la caballería rusa. «¡Soldados de Friant, grita Murat, sois héroes!» «¡Viva Murat! ¡Viva el rey de Nápoles!» responden los soldados de Friant.

Así se ocupaba por nuestra parte, á falta de más considerables fuerzas, todo el campo de batalla, que se extendía desde Semenoffskoie hasta los bosques de Outitza. De repente una gran víctima cayó entre los rusos. Bagration fué herido mortalmente y se lo llevaron en medio de los gritos de dolor de sus soldados, que le profesaban cierta especie de idolatría. A su vez se hallaba sin jefe el segundo ejército ruso. Llamóse á Raeffskoi, pero no podía abandonar los restos del séptimo cuerpo, que ocupaba siempre con el príncipe Eugenio de Wurtemberg el trecho entre el gran reducto y la aldea de Semenoffskoie. Entonces se envió á buscar al general Doctoroff para que reemplazara á Bagration.

En este momento sabían los rusos que Poniatowski, después de cruzar los bosques, había tomado las alturas de Outitza á Touczkoff, privado de la división de Kónownitsín, sin habersele aún juntado la segunda de Bagowouth, mandada por Olsoufief; que Touczkoff, el mayor de los tres hermanos, había muerto, con lo cual eran dos los fenecidos en la misma jornada, y tres los perdidos para la familia en el espacio de quince días. En la confusión que se experimentaba, pidióse á voz en grito, y se hizo partir inmediatamente el resto del cuerpo de Bagowouth, esto es, la división del príncipe Eugenio de Wurtemberg, que no había cesado de ocupar bajo un fuego terrible de artillería el espacio casi abierto entre Semenoffskoie y el grande reducto.

Este espacio de tan alta importancia, que los rusos se estorzaban por cerrarnos de continuo, donde Raeffskoi

había perdido la mayor parte de su gente, y donde el príncipe Eugenio de Wurtemberg acababa de perder la mitad de la suya, estaba próximo á abrirse delante de nosotros. De nuevo nos ofrecía la fortuna una ocasión decisiva, y llevando toda la guardia imperial sobre este punto, se podía aún penetrar á golpe cierto en las entrañas del ejército ruso.

Ney y Murat enviaron á proponer por segunda vez á Napoleón esta maniobra. Éste, viendo llegada á madurez la batalla, acogió la propuesta de sus lugartenientes y expidió las primeras órdenes para que fuera ejecutada. Hizo que avanzase la división de Claparede y la joven guardia, dejó á Schwardino y se puso personalmente á su cabeza. Pero de repente sobrevino un tumulto espantoso á la izquierda del ejército y más allá del Kolocza. Mirando hacia aquella parte, se vieron cantineros en fuga y bagajes desordenados; se oyeron gritos y se notaron en suma todas las señales de una derrota. Ante esta perspectiva, dispuso Napoleón que la guardia no se moviera de su puesto, y se lanzó al galope con el fin de saber lo que acontecía. Después de algún tiempo acabó por averiguarlo. Autorizadas por Kutusoff las dos caballerías de Platow y de Ouvarof cruzaron el Kolocza hacia nuestra izquierda desguarnecida y cayeron Platow sobre nuestros bagajes y Ouvarof sobre la división de Delzóns. Esta división valerosa, después de conquistar por la mañana á Borodino, aguardaba descansando sobre las armas que aún se pidiera á su decisión alguna cosa. En la imposibilidad de prever exactamente lo que iba á pasar hacia aquella parte, no quiso privarse Napoleón de su reserva. A Ney y á Murat envió cuanto le quedaba de la artillería de la guardia, hizo avanzar á la división de Claparede, pronta á dirigirse á la derecha sobre Semenoffskoie ó á la izquierda sobre Borodino, y se mantuvo personalmente á la cabeza de la infantería de la guardia, en espera de lo que pasara á la izquierda del Kolocza, adonde acababa de dirigirse el príncipe Eugenio.

Al primer ruido de esta irrupción repentina, dejó el virrey el centro y pasando á la orilla izquierda del Kolocza se trasladó á Borodino con toda la velocidad de su caballo. Pero ya halló á sus regimientos formados en cuadro y aguardando al enemigo á pie firme. A la vista de los numerosos escuadrones rusos, la caballería ligera del general Omano, muy débil para resistir á los ocho regimientos de caballería regular de Ouvarof, se replegó sucesivamente y con orden sobre nuestra infantería. Los croatas, que estaban á las orillas del Kolocza, y á quienes la caballería rusa presentaba el flanco en su arriesgado movimiento, la saludaron con un fuego bien nutrido. Entonces lanzóse esta caballería sobre el 84 de línea, el que por el año de 1809 hizo en Gratz tan excelente resistencia, le halló formado en cuadro, y fué inútilmente á sufrir su fuego, sin atreverse á pesar de todo á arrostrar sus bayonetas. El resto fué á remolnarse en torno del 8.º de ligeros y del 92 de línea, y se retiró después de algunas evoluciones, desesperando de obtener ningún resultado. Y á la verdad no era prudente obstinarse contra tal infantería sin más que caballería sólo, y hacer una demostración era lo único que podían prometerse. Se había hecho y pagado con algunos hombres, muertos unos por nuestra fusilería y nuestra metralla, cogidos otros á la vuelta por nuestros jinetes

ligeros, que acuchillaban á los menos listos en repasar el Kolocza.

Vana como era esta tentativa nos costó mucho más de una hora, interrumpió el movimiento de la guardia y dió tiempo á Kutuzoff, que se ilustraba lentamente, pero que se ilustraba al cabo, para llevar al centro el cuerpo de Ostermann, dejado inútilmente á su derecha y frente por frente de nuestra izquierda. También había puesto en marcha toda la guardia imperial rusa para cerrar el alarmantísimo agujero de Semenoffskoie. Por nuestra parte, Ney y Murat vieron cerrarse nuevamente este agujero, y desechados no dejaron de criticar á Napoleón ausente y ocupado hacia otra parte en cuidados de que no tenían noticias.

Pasada era ya, pues, la ocasión del todo, y esta vez por uno de los accidentes fortuitos, que con razón se llaman favores ó desfavores de la fortuna.

Napoleón, que había enviado cerca de Murat y de Ney al mariscal Bessieres, y que por su conducto acababa de saber que había sido reforzado de nuevo el centro de los rusos, y que las miras de Murat y de Ney no eran ya ejecutables (aun cuando para Bessieres no lo fueron nunca), ordenó al príncipe Eugenio hacer lo único que á la sazón le pareció más adecuado para poner término á la lucha, y era tomar el gran reducto del centro, pues fundadamente pensaba que, arrancado este punto de apoyo á la línea rusa, se acabaría por romperla de un modo ó de otro. Murat tenía bajo la mano una inmensa cantidad de artillería, toda la de las divisiones de infantería que estaban á su lado, toda la de la caballería y además toda la de las reservas de la guardia. Napoleón envióle á decir que agobiara á metrallazos á las fuertes columnas que se veían cerca, y luego que estuviera pronto á lanzar su caballería sobre ellas en el instante decisivo, pues se iba á tomar por asalto el gran reducto.

Este instante decisivo se acercaba al cabo. Por una parte Murat había colocado sobre su izquierda y á lo largo del barranco de Semenoffskoie, junto al cual la división de Friant no cesó de mantenerse firme, toda la artillería con que se le había provisto, y detrás de esta artillería los tres cuerpos de los generales Montbrún, Latour-Maubourg y Grouchy, aguardando la orden de transponer el barranco y de lanzarse sobre las líneas de la infantería rusa. Por otra parte, el príncipe Eugenio, concentrando sobre la derecha del gran reducto las divisiones de Morand y de Gudin, llevó sobre la izquierda del mismo reducto á la división de Broussier, enteramente fresca é inflamada en deseos de distinguirse á su turno. Esta división se hallaba emboscada en un barranco y pronta á arrojarle á la primera señal sobre los parapetos de la obra que iba á ser conquistada. Eran cerca de las tres de la tarde y se contaban ya nueve horas de esta horrible carnicería. Murat y Ney vomitaban el fuego de doscientos cañones sobre el centro de los rusos. Todo el cuerpo de Doctoroff había sido llevado detrás del reducto, y aunque padeciera en sumo grado, aún padecía menos que el cuerpo de Ostermann, situado al descubierto entre el reducto mismo y Semenoffskoie.

A muy corta distancia, la de la anchura del barranco, se veía á los rusos caer en el cuerpo de Doctoroff y en el de Ostermann por centenares, así como en las filas

de la guardia, desplegada á la espalda y recibiendo los tiros que habían perdonado á la primera línea. Murat y Ney, protegidos hasta entonces por una especie de milagro, llenos de júbilo al ver el efecto de sus cañones, duplicaban sus disparos. Creyendo ya sobradamente conmovida la línea rusa, se decide finalmente á volver á empezar el ataque de caballería, de que tan airoso había salido el general Latour-Maubourg por la mañana. Primeramente lanza el segundo cuerpo de caballería, á cuyo frente había reemplazado á Montbrún el general Caulaincourt, hermano del duque de Vicencio. Al cuerpo de Latour-Maubourg ordena que sostenga al segundo, y al de Grouchy que se prevenga á sostener á ambos. Por lo que hace á la caballería de Nonsouty, ya hemos dicho que estaba á la derecha de Ney. A la señal convenida cruza Caulaincourt el barranco, desemboca á la otra parte, y carga sobre cuanto encuentra con los regimientos 5.º, 8.º y 10 de coraceros. Le sigue el general Defrance con dos regimientos de carabineros. Todo aquel espacio queda cruzado en un abrir y cerrar de ojos, rotos son algunos restos del cuerpo de Raeffskoie, todavía en pie sobre esta parte del terreno: hechas pedazos quedan la caballería de Korff y la del barón de Kreutz, y nuestros jinetes, á rienda suelta, pasan más allá del gran reducto. Ante este espectáculo, el general Caulaincourt viendo detrás la infantería de Likatcheff, que guardaba esta obra, revuelve sobre ella por medio de un repentino movimiento á la izquierda, y la acuchilla al frente del 5.º de coraceros. Por desgracia cae herido de muerte. La infantería de Morand y de Gudin, situada á la derecha del gran reducto, prorrumpe en gritos de alegría y de admiración al ver relucir los cascos de nuestros coraceros al otro lado. Por su parte el príncipe Eugenio, que estaba á la izquierda, se pone al frente del 9.º de línea, el que había suministrado los bravos tiradores de Ostrowno, le dirige algunas palabras vehementes, le hace preparar el montecillo á toda prisa, y aprovechándose del tumulto del combate, del espesor del humo, escala los parapetos del reducto y los supera en el instante en que el 5.º de coraceros acuchillaba á los infantes de la división de Likatcheff. Los tres batallones del 9.º caen á la bayoneta sobre los soldados de esta división, cogen algunos prisioneros, matan mayor número y vengan al 30 de línea de sus desdichas de la mañana. También iban á vengar al general Bonamy en la persona del jefe de la división, general Likatcheff; pero al aspecto de aquel anciano venerable caído en sus manos, le dejan la vida y le envían al emperador. Se alinean en batalla sobre el respaldo del reducto, y llegan á asistir al terrible combate de caballería empeñado entre la guardia de á caballo rusa y nuestros coraceros.

Con efecto, desplegada toda la guardia rusa de á caballo, se precipita sobre nuestros coraceros y los carga á fondo, pasando bajo el fuego de fusilería del 9.º y les obliga á ceder. A las órdenes del general Defrance le hacen retroceder los carabineros. Cada vez que pasa y repasa, recibe los tiros de fusil del 9.º Incomodada por el fuego de este regimiento, quiere cargarle para librarse de él, pero la detienen sus balas. Nuestros coraceros llegan en auxilio del 9.º y al desfilar por delante, le gritan: «¡Viva el 9.º!» á los que éste responde: «¡Vivan los coraceros!» A su vez carga la caballería de Grouchy, ve

á su valiente general derribado de un tiro, continúa avanzando y llega á las líneas de la infantería rusa, formada en masa tan compacta que no se puede esperar penetrar en ella. Pero todo cuanto se halla entre las dos es barrido, y la caballería contraria vese forzada á buscar asilo detrás de su infantería.

Durante este tiempo el 9.º, situado solo delante del gran reducto, sufre cruelmente. Al fin le prestan apoyo las divisiones de Morand y Gudin dejadas á la derecha: se trasladan más allá del reducto, mientras, formando Murat y Ney ángulo con ellas, ganan terreno poco á poco, transponen el barranco de Semenofskoie y siguen por su derecha hacia adelante; de esta suerte nuestro ejército forma una línea plegada que envuelve en un ángulo de fuego al ejército ruso diezmado de una manera horrorosa. Lentamente retrograda bajo una metralla horrible y va á pegarse al linde del bosque de Psarewo. Ya no se le carga, y en espera de un movimiento decisivo, se pone en línea la artillería de todos los cuerpos y se hacen convergir trescientos cañones contra los rusos. Bajo el diluvio de proyectiles que les agobia, todos permanecen inmóviles y formados en masa cerrada.

A la sazón la batalla está ganada de seguro, pues se halla en nuestro poder todo el campo. A la extrema derecha, por el lado del bosque, después de un sangriento combate había acabado Poniatowski por tomar posición delante de Outitza sobre el camino antiguo de Moscou: á la extrema izquierda la división de Delzóns ocupa siempre á Borodino, y en el punto esencial, esto es, entre el gran reducto y las tres flechas, que se habían tomado, se tenía el grueso del ejército ruso arrinconado junto al linde del bosque de Psarewo y expirando bajo el fuego de trescientos cañones. Sin embargo, aún quedaban de luz muchas horas, y bien que ya no se ofreciera, como dos veces durante esta jornada, la ocasión de una maniobra decisiva, acometiendo de nuevo al ejército ruso por la derecha y hacia adelante con una masa de tropas frescas, se le podía arrollar sobre el Moskowa, haciéndole sufrir un verdadero descalabro. Ciertamente merecía nuevos sacrificios, cualesquiera que fuesen, un resultado de tanto bulto, pues ante una victoria completamente destructiva para las armas rusas, lo probable era que aflojara la constancia de Alejandro. Pero para ello había que emplear la guardia imperial toda, contando diez y ocho mil hombres de infantería y de caballería, no entrados en pelea. A la izquierda en la división de Delzóns, al centro en las divisiones de Broussier, Morand y Gudin, á la derecha en la división de Dessaix quedaban tropas que, á pesar de haber peleado, todavía estaban capaces de un gran esfuerzo, sobre todo si debía ser decisivo. Para este instante supremo valieran tanto como tropas frescas las que sólo se hallaban medio cansadas. Por su parte la guardia podía hacer prodigios, y solicitaba hacerlos. Napoleón, para quien la altura del sol en el horizonte era una razón tan apremiante como las instancias de sus lugartenientes, y por decirlo así un cargo, montó á caballo para examinar por sí mismo el campo de batalla. Mucho le molestaba el constipado de que se sentía acometido, pero no de modo que paralizara su poderosa inteligencia. Sin embargo, los estragos de esta horrorosa batalla, sin ejemplo hasta para él, aun cuando las había visto tan san-

grientas, dejaron como pasmado su genio. Ni un solo instante había pasado sin que se le llegara á anunciar que algunos de los principales oficiales del ejército quedaban fuera de combate. Tales fueron los generales y oficiales superiores Plauzonne, Montbrún, Caulaincourt, Romeuf, Chastel, Lambert, Compere, Bessieres, Dumás, Canouville, muertos; tales fueron el mariscal Davout, los generales Morand, Friant, Compans, Rapp, Belliard, Nansouty, Grouchy, Saint-Germain, Bruyere, Pajol, DeFrance, Bonamy, Teste, Guilleminot, gravemente heridos. El tesón de los rusos, aun no siendo inesperado, tenía un carácter siniestro y terrible que le inspiraba serios temores, pues para honra de la naturaleza humana, en el patriotismo vencido, bien que furioso, hay algo que impone hasta al agresor más temerario. Así Napoleón, en aquel estado de irresolución tan nuevo para él, pareció inexplicable á los que estaban en derredor suyo, hasta el extremo de querérselo explicar diciendo que estaba malo. Sin cuidarse de lo que se pensaba á su lado, recorrió al galope la línea de las posiciones tomadas, vió arrinconados á los rusos, si bien apretados en masa é inmóviles, no ofreciendo fácil acometida por ninguna parte, aun cuando de resultas de un postrer choque dado oblicuamente pudieran ser lanzados en desorden hacia el Moskova. Sin embargo, se ignoraba después de todo si la desesperación triunfaría de los diez y ocho mil hombres de la guardia, si por tanto se la sacrificaría inútilmente para degollar á algunos miles de enemigos; y no guardar entero el solo cuerpo que aún estaba intacto á tanta distancia de su base de operaciones, pareció á Napoleón una temeridad en que las ventajas no compensaban el peligro. Así dijo, volviéndose á sus oficiales: «No expondré mi guardia á ser destruída: á ochocientas leguas de Francia, no aventura uno su última reserva.» Razón tenía sin duda; mas, al justificar su resolución del momento, condenaba aquella guerra, y por segunda ó tercera vez desde el paso del Niemen expiaba por un exceso de prudencia, en disonancia con su carácter, la culpa de su temeridad. Pasando el camino real de Moscou y acercándose á Borodino, se descubría á Gorki, única posición algo avanzada y conservada por los rusos. Napoleón se consultó si debía tomarla, y renunció al cabo á ponerlo por obra creyendo que el resultado no valía la pena. Apretados en masa hacia el fondo del campo de batalla los rusos, parecía como si nos desafiásemos, y ofrecían al cañón muy vasta presa. «Puesto que quieren más, dijo Napoleón con la familiaridad cruel del campo de batalla, dadles.» Y dispuso poner en batería cuanta artillería no estuviese empleada, y desde entonces empezaron á jugar cuatrocientas bocas de fuego. Durante muchas horas se disparó de esta suerte sobre las masas rusas, que persistieron en mantenerse en línea bajo este cañoneo espantoso, perdiendo miles de hombres y sin moverse. ¡Se mataban así soldados en vez de cogerlos prisioneros! Así perdíamos hombres, mas no la sexta parte de los que estábamos inmolando.

Al fin declinó el sol sobre aquella escena atroz y sin igual en los anales humanos: sucesivamente fué aflojando el cañoneo, y rendidos todos á la fatiga se fueron á tomar algún descanso. Nuestros generales trajeron algo atrás sus divisiones para resguardarlas de las balas enemigas, y se situaron á la falda de las alturas conquista-

das, bien convencidos de que los rusos no probarían á recuperarlas. Nuestros soldados, no provistos de víveres, se pusieron en los vivaques á devorar lo que aún les quedaba, y descansaron algún tanto refiriéndose unos á otros los sorprendentes horrores de que habían sido testigos. Napoleón victorioso entró en su tienda rodeado de sus lugartenientes, unos descontentos por lo que había dejado de hacer, otros crédos en que se había procedido con razón al atenerse al resultado alcanzado, pues en suma estaban los rusos destruídos y las puertas de Moscou abiertas. Pero aquella noche no se hicieron oír en la tienda del conquistador los testimonios de júbilo y de admiración que estallaron en Austerlitz, en Jena y en Friedland.

Rusos y franceses durmieron unos junto á otros sobre el campo de batalla. Al despuntar la aurora distinguióse un espectáculo horrible, y se pudo formar idea del espantoso sacrificio de seres humanos, consumado el día antes. Cubierto estaba el campo de batalla de muertos y de moribundos, como jamás lo estuvo ningún otro. Cosa cruel de decir, número espantoso de pronunciar: cerca de ochenta mil hombres, esto es, la población entera de una gran ciudad, yacían por tierra muertos ó heridos. Quince ó veinte mil caballos caídos ó errantes y dando horrosos relinchos, trescientos ó cuatrocientos carros de artillería desmontados, mil despojos de toda clase completaban este espectáculo, que sublevaba el corazón con especialidad al aproximarse á los barrancos, donde por una especie de instinto se habían arrastrado los heridos, para ponerse á cubierto de nuevos golpes. Allí estaban hacinados unos sobre otros sin distinción de naciones.

Por fortuna, si el patriotismo permite pronunciar esta palabra inhumana, por fortuna la proporción en este catálogo fúnebre era desigual por extremo. Nosotros contábamos de nueve á diez mil muertos, y de veinte á veintitún mil heridos, esto es, treinta mil hombres fuera de combate, y los rusos cerca de sesenta mil, según confesión propia (1). Muerto habíamos á cuantos otras veces solíamos coger prisioneros por efecto de sabias maniobras. Así la guadaña de la muerte parecía haber reemplazado en manos de Napoleón á la espada maravillosa que en otro tiempo desarmaba más enemigos que los que destruía. Lo que se tendría por increíble, si en documentos auténticos no se encontrara comprobado, es que tuvimos cuarenta y siete generales y treinta y cinco coroneles muertos ó heridos, y los rusos casi otros tantos, prueba de la energía que por ambas partes acreditaron los jefes y de la corta distancia á que se había peleado. Después de este reto espantoso nos quedaban cien mil hombres, pues los que podían faltar para este guarismo, se completaban con la división italiana de Pino y con la división de Delaborde de la guardia, llegadas una y otra después de la batalla. No hubieran podido poner cincuenta mil hombres en línea los rusos, pero estaban en su casa, y nosotros distábamos de nuestra capital ochocientas leguas; ellos hacían una guerra necesaria, y hacíamos una guerra de ambición nosotros; y á cada paso hacia adelante, cuando el aturdi-

(1) Tomados se hallan de estados auténticos los guarismos franceses, y los guarismos rusos de las relaciones ordenadas perfectamente y admitidas por el mismo gobierno ruso.

(N. del A.)

miento de la gloria cedía el puesto á la reflexión en nuestra mente, condenábamos en el fondo del corazón al arrebatador caudillo de quien seguíamos la fortuna deslumbradora.

Kutusoff, tan embustero como taimado, satisfecho de no estar destruído, tuvo la astucia de escribir á su soberano que había resistido á los asaltos del ejército francés todo un día y le había muerto tantos hombres como había perdido, y que si abandonaba el campo de batalla no era por haber sido derrotado, sino por tomar la delantera para ir á cubrir á Moscou. Más que nadie en el mundo sabía hasta qué punto se podía mentir á las pasiones, sobre todo á las pasiones de los pueblos poco ilustrados, y salvo lo de atribuirse el triunfo, se atrevió á escribir todo lo más próximo á esta mentira. Al gobernador de Moscou, conde de Rostopchín, destinado muy luego á una inmortalidad espantosa, dió parte de que acababa de dar una sangrienta batalla para defender á Moscou, que distaba mucho de haberla perdido; que además daría otras; que prometía muy de veras que el enemigo no entraría en la ciudad sagrada, pero que era urgente que se le enviaran todos los hombres capaces de empuñar las armas, los milicianos de Moscou sobre todo, de los cuales se habían prometido ochenta mil y apenas pasaban de quince mil los recibidos hasta entonces. Para el 8 de septiembre por la mañana ordenó la retirada, prescribiendo que se disputara á Mojaisk todo el tiempo necesario para poner en salvo los víveres, las municiones y los heridos transportables. Al general Miloradowitch le dió el mando de la retaguardia.

Napoleón, que no tenía las mismas razones para el disimulo, pues se hallaba indudablemente victorioso, sin embargo, experimentaba cierta especie de embarazo para dar cuenta de su triunfo. Otras veces tenía que anunciar, por algunos miles de muertos, hasta treinta ó cuarenta mil prisioneros y la toma de algunos centenares de cañones y de banderas. Aquí no había prisioneros ni banderas ni cañones (salvo un corto número de piezas de posición halladas en los reductos), sino que cubrían el terreno sesenta mil muertos y moribundos pertenecientes al enemigo. Cosa extraordinaria: en sus boletines y en sus cartas (sobre todo á su suegro), dijo mucho menos de lo que había, ya porque lo ignorase, ya porque no se atreviese á confesarlo á la faz del mundo. Según su costumbre, esta batalla, que los rusos llamaron de Borodino, la calificó con un nombre retumbante y que hablara á las imaginaciones, con el de la Moskowa, riachuelo que pasaba á una legua del campo de batalla, para ir á cruzar á Moscou en su curso. Este nombre le quedará durante los siglos.

Después de conceder Napoleón algunos instantes al efecto de la victoria, pensó en las ventajas que se debían sacar de ella. A Murat le encaminó á Mojaisk con dos divisiones de coraceros, con algunas divisiones de caballería ligera y una de las de infantería del mariscal Davout. Éste siguió con sus otras cuatro divisiones, haciéndose llevar en un carruaje, porque no podía montar á caballo. El príncipe Poniatowski fué dirigido, como durante toda la marcha, sobre la derecha del camino real, por el de Wereja, y el príncipe Eugenio sobre la izquierda por el de Rouza.

Esta doble fuerza, situada sobre los dos flancos del

ejército, tenía por objeto neutralizar toda resistencia desbordando al enemigo, extender el radio del abastecimiento y cubrir á nuestros forrajeadores. Napoleón con el cuerpo de Ney, que había padecido horriblemente, y con la guardia, que no le abandonaba nunca, permaneció un día más sobre el campo de batalla para expedir las órdenes indispensables, dictadas tanto por la humanidad como por el interés de las tropas. Ante todo transformó en hospital la grande abadía de Kolotskoi, porque siendo de fácil defensa, debía ofrecer un abrigo seguro á los heridos no transportables. Cuando fuéramos dueños de Mojaisk debían ser conducidos á esta ciudad los que se hallaran en mejor estado. También había muchos caballos ligeramente heridos, de curación fácil, y muchas piezas desmontadas de reparación no dificultosa. Por esto Napoleón estableció un depósito de caballería y de artillería en las aldeas comarcanas á la abadía de Kolotskoi, y decidió que Junot ocupara este lugar fúnebre con sus westfalianos para guardar los preciosos restos dejados allí y para ir á lo lejos á tomar los víveres que los infelices heridos estarían en la imposibilidad de proporcionarse. El bienhechor de cuantos padecían, el ilustre Larrey, quiso quedarse con la mayor parte de los cirujanos del ejército en Kolotskoi. Apenas debían de bastar tres días para colocar el primer apósito á todas las heridas, y siendo ya el tiempo frío y húmedo, con especialidad de noche, gran número de heridos estaban reducidos á aguardar el socorro del arte tendidos á cielo raso sobre paja. Todo lo que se podía hacer por ellos era llevarles algún alimento, y sobre todo aguardiente, á fin de sostener sus fuerzas. A mayor abundamiento atendió Napoleón á que se hiciera cuanto fuese posible con el material que se había logrado conducir hasta aquella distancia.

Después de estos primeros é indispensables cuidados, envió órdenes á Esmolensko para que se reemplazaran las municiones de artillería consumidas. Se habían disparado sesenta mil cañonazos y quemado un millón y cuatrocientos mil cartuchos de infantería. Hizo ordenar transportes extraordinarios de municiones por el jefe de la artillería del grande ejército, el general de Lariboisiere, que en esta campaña, más difícil para su arma que para ninguna otra, desplegaba á una edad muy avanzada la actividad y el valor de un mancebo. No teniendo ya que cruzar ríos caudalosos, Napoleón había dejado en Esmolensko sus grandes trenes de puente, y no llevó consigo más que el material necesario para echar puentes de caballetes. Merced á esta medida, quedaron disponibles en Esmolensko de setecientos á ochocientos caballos de tiro; y dispuso que se emplearan sin demora en acarrear municiones de artillería y de infantería. Por último, ordenó un nuevo movimiento adelante á todos los cuerpos franceses ó aliados que se hallaban en las diversas etapas de Esmolensko, de Minks, de Wilna, de Kowno, de Königsberg, y con particularidad á todos los batallones y escuadrones de marcha destinados á cubrir las bajas de los cuerpos de tropas.

Caminando continuaba el ejército mientras Napoleón expedía sus órdenes, y Murat llegó el 8 por la tarde á Mojaisk, ciudad de alguna importancia y que tenía interés en poseer intacta. A medida que se estaba más cerca de Moscou, los recursos del país iban en aumen-

to, pero también se acrecía la rabia de destruirlos en los contrarios. Se hallaban más aldeas florecientes y más columnas de llamas. Queriendo los rusos proporcionarse tiempo, á fin de hacer algunas evacuaciones de heridos y de material, colocaron delante de un barranco pantanoso una fuerte retaguardia de infantería y de caballería, con la resolución de defender la posición aquella. Posible era evitarla, mas la obscuridad no permitía descubrir por dónde, y para precaver la confusión de una escena de noche se hizo alto y se vivaqueó á tiro de cañón de los rusos.

Al día siguiente 9 se quiso entrar en Mojaisk á viva fuerza, y después de sacrificar algunos hombres sin fruto, penetróse en esta ciudad, donde había muchos almacenes entregados á las llamas, si bien permanecieron intactas no pocas habitaciones.

Allí se encontraron muchos heridos rusos, que fueron respetados, y fiados á la solicitud de sus propios cirujanos. Víveres contenía la ciudad y edificios para un segundo hospital, circunstancia muy venturosa, porque el de Kolotskoi estaba muy lejos de bastar á nuestras necesidades. Napoleón resolvió detenerse en Mojaisk para cuidarse el constipado de que se sentía acometido, y que le molestaba sin alterar lo más mínimo el uso de sus facultades (1). Su proyecto era irse á unir al ejército cuando llegara á las puertas de Moscou, á fin de entrar allí al mismo tiempo ó de ponerse á su cabeza si había que dar otra batalla.

Su retirada continuaron los rusos y su persecución los franceses. Habiendo tomado el príncipe Eugenio el camino lateral de la izquierda, se apoderó de Rouza, pequeña y linda ciudad, rica en recursos, que furiosos iban á destruir los paisanos, cuando se llegó con oportunidad para estorbarlo. El espanto de los habitantes al

(1) La suposición de que Napoleón en la batalla de Moscou estaba enfermo, admitida por respetables historiadores, para explicar su inacción durante aquella jornada, no tiene ningún fundamento, si se lleva hasta el punto de presentar como atacadas sus facultades. Hemos leído y releído las más íntimas correspondencias, escritas día por día con sinceridad completa por hombres que no abandonaban el cuartel general y que no tenían en alterar la verdad interés alguno, y hasta en la libertad de su lenguaje y en la ausencia de todo recelo se ve cuán leve era la indisposición de Napoleón. No fué más que un fuerte constipado. Él y sus lugartenientes hablaron de esta indisposición en sus cartas y de modo de no dejar duda alguna sobre su naturaleza. Napoleón, que por lo común no se cuidaba, y que tenía el mérito, casi indiferente en medio de sus demás dotes prodigiosas, de un valor personal muy alto, estuvo durante la batalla en sitio por donde pasaban no pocas balas, aunque no hubiera la casi certidumbre de que le tocara alguna, como donde Murat y Ney sostenían la pelea, y esto, unido á la repugnancia de comprometer sus reservas, fué la verdadera causa de sus órdenes tardías é incompletas. Que hizo bien en no exponerse á tal fuego, es cosa fuera de duda, pues la salvación del ejército se cifraba en su persona, y se puede formar idea del peligro considerando el fenómeno de cuarenta y siete generales muertos ó heridos entre los nuestros, y otros tantos de los rusos, es decir, en el sacrificio de casi todos los generales que por ambas partes guiaron á las tropas. Barclay de Tolly, Ney y Murat fueron los únicos verdaderamente comprometidos que se libraron de muerte ó de heridas. No se podía asomar al fuego sin ser tocado. En la división de Compáns cayeron cinco jefes en menos de dos horas: el general Compáns, el general Dupellín, el mariscal Davout, el general Rapp, el general Dessaix. Para libertar á los hombres de aquel fuego espantoso, hizo Ney que sus soldados se tendieran por el suelo en ciertos instantes, permaneciendo de pie él solo, y luego les mandaba levantar cuando le eran útiles en línea.

saber que se los había engañado, que los rusos habían perdido completamente la batalla del día 7, había subido á su colmo, y se transformaba en cierta especie de rabia. De tal modo se les había pintado á los franceses como monstruos salvajes, que á la sola idea de aproximarse, se sentían poseídos á la vez de miedo y de furia. Así, desesperando de salvarse, querían destruirlo todo, y cuando se llegaba á tiempo de impedirlo, de hablarles, de arrancarles la tea de las manos, se maravillaban de tratar con vencedores humanos, pero hambrientos, y cuya pretendida barbarie se desarmaba con un pedazo de pan.

Llegado á Rouza el príncipe Eugenio, descansó allí un día y juntó víveres, de los cuales dió al grande ejército su parte. Por el camino lateral de la derecha halló dondequiera el príncipe Poniatowski los mismos síntomas de terror y de ira, la misma abundancia y los mismos destrozos; pero como para destruir se necesita tiempo y no se le daba al enemigo, aún se hallaban medios de subsistencia. Solamente el merodeo consumía siempre igual número de hombres, que se retardaban, se dejaban coger prisioneros ó renunciaban volver á las filas.

A las órdenes de Murat llegó la principal columna el 10 de septiembre á Krimskoi. Queriéndose aprovechar Miloradowitch, jefe de la retaguardia rusa, de una buena posición que había reconocido cerca de las cenagosas fuentes del Nara, situóse con tropas de infantería ligera y de artillería detrás de un terreno fangoso, cubierto de espesos matorrales, y no ofreciendo acceso más que por el camino real, que se tuvo cuidado de ocupar con la competente fuerza. Todo el día se pasó en batallar en torno de esta posición, y perdióse mucha gente de una parte y otra, de los rusos por no retirarse demasiado pronto y de los franceses por no aflojar en seguirles la pista. Por la noche los rusos se vieron obligados á levantar el campo, dejando cerca de dos mil hombres sobre el terreno entre muertos y heridos.

A Koubinskoie se llegó el 11, el 12 á Momowo, por último, el 13 á Moriewo, última posición delante de Moscou. Junto á las mismas puertas de esta ciudad, y hacia la barrera llamada de Drogomilew se estableció el ejército ruso. Al entrar en Moscou, donde describe el Moskowa numerosos rodeos, forma un arco muy cóncavo hacia el lado del camino de Esmolensko. Allí fué á pegarse la hueste rusa, apoyando su derecha en la aldea de Tili, su izquierda en la altura de Worobiewo, y trazando en cierto modo la cuerda del arco descrito por el Moskowa. Por toda salida tenía detrás un puente echado sobre el Moskowa, en lo interior del arrabal de Drogomilow, y las calles de aquella ciudad inmensa. No era posición de combate, porque si se les asaltaba impetuosamente, podían ser arrollados en desorden sobre el puente del Moskowa ó sobre los vados de este río, y empujados por las calles, donde, degollándose, corrieran los mayores peligros. Bien lo sabía Kutusoff y estaba convencido de la imposibilidad de detener delante de Moscou á los franceses. Pero fiel á su sistema de halagar de continuo las pasiones populares, por creer más fácil dirigirlas halagándolas que irritándolas todos los días, escribió al conde de Rostopchín, gobernador de Moscou, que defendería la capital á todo trance y probablemente con buen suceso. Así sorpren-

dió en Moscou sobre manera ver asomar al ejército ruso en el estado en que se hallaba, y situado tan cerca de la ciudad que no le quedaba terreno para el combate. Aun cuando tenía abrazado el partido de preferir la salvación del ejército á la de la capital, determinó Kutusoff convocar un consejo de guerra, para hacer partícipes á sus lugartenientes de la pesada responsabilidad que se iba á echar encima. A pesar de su astucia y habitual flema, estaba agitado al oír los gritos de rabia que estallaban en rededor suyo, y el voto mil veces expresado de sepultarse todos bajo las ruinas de Moscou antes que abandonar esta ciudad á los franceses, á semejanza del esposo que disputando á enemigos su amada esposa, prefiere darla de puñaladas con sus propias manos á dejarla abandonada á sus ultrajes. Perfectamente sabía Kutusoff que no porque Moscou se perdiera, se perdía Rusia, al par que Rusia podía perderse si el grande ejército llegaba á impedir tamaña desdicha. Pero si tenía valor para tomar las resoluciones necesarias, aunque odiosas á la muchedumbre, no tenía el de echarse la carga solo y quería que la responsabilidad pesara sobre otras cabezas que la suya. A este consejo memorable, celebrado sobre la misma altura de Worobiewo, desde donde se descubría la capital infortunada, cuya entrega era forzada, admitió á los generales Benningsen, Barclay de Tolly, Doctoroff, Ostermann, Konownitsín, Yermoloff. Allí asistió también el coronel Toll como cuartel-maestre general. Con su sencillez ordinaria y su consumada experiencia declaró Barclay de Tolly insostenible la posición que se ocupaba, afirmó que la conservación de la capital no era nada al lado de la conservación del ejército, y aconsejó la evacuación de Moscou, retirándose por el camino de Wladimir, lo cual añadía nuevos espacios á los ya transpuestos por los franceses, dejaba al ejército en comunicación con San Petersburgo y permitía, cuando la hora fuera llegada, volver á tomar la ofensiva. Benningsen, bastante experimentado para avalorar la cordura de tal dictamen, contando además con que se renunciaría á la defensa de la capital sin que él se mezclara en ello, bien que seguro de que no se perdonaría al que aconsejara el abandono, sostuvo que era necesario pelear á todo trance antes de entregar la sagrada ciudad de Moscou á los franceses. Konownitsín, valeroso oficial cual ninguno, cediendo al sentimiento general, opinó por una pertinaz defensa, no sobre el terreno en que se estaba, sino sobre otro que se buscara, yendo al encuentro de los franceses y chocando furiosamente contra ellos. Los generales Yermoloff y Ostermann se adhirieron á este dictamen, que era el de la bravura á la desesperada.

Buscando el coronel Toll combinaciones más sabias, propuso retirarse, trasladándose inmediatamente hacia la derecha, sobre el camino de Kalouga, lo cual ponía al ejército ruso en una situación amenazadora para las comunicaciones del enemigo y le relacionaba directamente con las ricas provincias del Mediodía. Como acontece en semejantes circunstancias, este consejo de guerra fué agitado, confuso y abundante en contradicciones. Kutusoff se levantó sin manifestar su opinión á las claras, bien que pronunciando estas frases que parecían dirigirse á sí propio: «Mi cabeza será buena ó mala,